

Una Tradición viviente

Por Cristina Terzaghi

(Traducción de "Tracce, especial Meeting", noviembre 2003)

El Señor, que busca su obrero entre la muchedumbre del pueblo al que dirige este llamado, dice de nuevo: "¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?". Si tú, al oírlo, respondes "Yo", Dios te dice: "Si quieres poseer la vida verdadera y eterna, guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen con falsedad. Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela". Y si hacen esto, pondré mis ojos sobre ustedes, y mis oídos oirán sus preces, y antes de que me invoquen les diré: "Aquí estoy".

Cuando Benito escribe estas frases de su Regla ya había empezado a experimentar que la relación con Dios lleva el hombre a su verdad y lo hace existir como "yo". Apartado de un mundo atormentado por la barbarie, embrutecido por doquier después de la caída del imperio Romano, a finales del siglo V, Benito vivió en completa soledad en una cueva cerca de Subiaco, hasta que un sacerdote, enviado por Dios, fue a verle para compartir con él el almuerzo de Pascua. Desde ese momento el mundo empezó a percatarse de Benito y de su santidad, que contagiò, literalmente, a la gente de las cercanías de Subiaco, una muchedumbre que, al llevarle la comida recibía un gran consuelo con su compañía: "Se reunieron alrededor de Benito muchos hermanos, para dedicarse al servicio de Dios todopoderoso. Construyó entonces con la ayuda potente del Señor Jesucristo doce monasterios en cada uno de los cuales instaló doce monjes (...). Empezaron a acudir a él también nobles y religiosos romanos, que le entregaron sus hijos para que los educara al servicio de Dios todopoderoso." Romanos y bárbaros, Benito trataba a todos por igual, realizando aquella unidad que en otro lado parecía, en ese momento histórico,

imposible. En el 529 se trasladó desde Subiaco a Montecassino, donde vio la luz su gloriosa Regla. Benito la concibió como camino para vivir la memoria de Cristo y la consiguiente santificación de la vida del que la abrazaba, y por eso fue definida como “maestra de vida”.

En un mundo presa de los peores desordenes que la historia recuerde, era una idea absolutamente genial la de una regla de vida, con la cual se pueda caminar de tal manera que “el heroico se tornase cotidiano, y el cotidiano se tornase heroico” (Juan Pablo II). Tanta era la bondad y la correspondencia de esta “pequeña regla para novatos” al deseo del corazón humano, que esa se volvió un camino no sólo para los monjes sino para la entera cristiandad, hasta constituir “el arca de supervivencia del Occidente” (J.Ratzinger)

“San Benito vivió su fe poniéndose manos a la obra, trabajaba orando y oraba trabajando: *ora et labora* es una frase latina que indica un solo concepto: una oración que es vida y una vida que es oración” (L.Giussani), una llamada a la unidad del yo y de la persona que, alimentada por esta fe, generó y construyó Europa. El trabajo como la expresión más concreta del amor a Cristo, se convierte para el monje igualmente importante que la oración, concebida como el supremo realismo de quien sabe que todo proviene de Dios. Por otro lado, Benito hizo mucho hincapié en la caridad y la mutua ayuda que los hermanos deben vivir dentro de la comunidad cristiana, conciente de que al hombre solo se le hace más difícil alcanzar su propia meta. El subrayar el valor comunal de la vida se refleja hasta en las columnas de los claustros benedictinos, cuyos fustes se entrelazan armónicamente entre ellos en un nudo que alude al vínculo de la caridad.

Benito “no fue un gran misionero, pero formó a grandes misioneros: no fue el caudillo de pueblos, pero con su regla inspiró

a Reyes y pontífices; no fue un Padre o Doctor de la Iglesia, pero sus monasterios fueron un crisol de Doctores y Padres que fueron el esplendor de la Iglesia. Por su obra Europa se cubrió de apóstoles, de santos, de estudiosos, de colonos, de civilizadores. Durante seis o siete siglos su Regla casi fue el código oficial de la civilización y de la santidad” (B.Cignitti). Las primeras misiones salieron en el 597 dirigidas a Gran Bretaña por deseo del Papa San Gregorio Magno. El monacato benedictino alcanzó tal nivel de equilibrio y eficacia a los ojos del mundo, que Carlos Magno quiso que en todas partes se introdujera como única regla de vida monástica aquella que ideó san Benito y que sus monjes vivían.

Un ilustre historiador como Leo Moulin afirma terminantemente: “Los benedictinos son los padres de Europa en el sentido pleno de este termino. Impulsados por la fe que los animaba, ellos lograron volver humanas pampas desiertas, marismas sin termino, selvas salvajes y erizas asegurando el difícil inicio agrario de Europa (...) Sería más fácil decir en cuales ámbitos, supuesto que existan, los hijos de san Benito no fueron iniciadores o promotores” Si se une al trabajo agrario la extraordinaria pasión cultural que impulsó a estos hombres a crear *scriptoria*, donde se transcribían los códigos antiguos, custodiando e impidiendo que se perdieran inmensos patrimonios del saber cristiano y pagano, si se observa el esplendor de la arquitectura de las abadías, se intuye la medida de la dimensión universal del gesto realizado por cada monje: los europeos todos son hijos de la densidad de aquellos instantes.